

JOHN W. COOKE: UN HEREJE DE DOS IGLESIAS

Miguel Mazzeo

“...sentimos la íntima proximidad de lo que estaba perdido en las brumas del tiempo o disperso en un catálogo de anécdotas inconexas y falseadas. Se vuelven vivas y reales las hazañas de Tupac Amará, las esperanzas de tantos lanzamientos de indios, negros, mulatos y zaparrastrosos que oligarquías crueles y rapaces ahogaron en sangre...” John William Cooke, Apuntes sobre el Che.

I

¿Por qué rescatar hoy la figura de John William Cooke? ¿En que intersticios del presente percibimos los destellos de su vieja militancia? ¿Cómo explicar la abrupta reaparición de ese pasado? Cooke es, posiblemente, la impronta de un sueño que revisita la memoria, la cicatriz de un proyecto emancipatorio que no fue, la memoria de los logros y fracasos de una historia colectiva, un bagaje de sabiduría de luchas derrotadas, de sabiduría periférica. Una memoria ejemplar confeccionada con retazos de heroicidades horizontales y masivas, con cuotas de la intrepidez de hombres “ordinarios” a los que la praxis (acción y conciencia) y el vínculo inmediato con la vida del pueblo convertía en luchadores y en organizadores extraordinarios. El trajinar de Cooke nos remite a la épica de los hombres simples, la que supo conmover a Georg Lukács.

Cooke es entonces “caballito de batalla” para oponernos a las memorias del poder que construyen el pasado desde las asimetrías del presente y “punta de lanza” para restituir la memoria crítica de los oprimidos. Es un componente más de una comunidad de memoria y discurso, necesaria para consolidar una identidad y reconocernos en el colectivo, para fortalecer y expandir la organización popular, para construir un nuevo imaginario sintético y eficaz para la independencia y la libertad, para constituirnos como pueblo y sujeto y dar a luz un proyecto común. Es punto de partida “metodológico”, brújula en el tropel de nuestras incertidumbres y contingencias. Un punto de referencia para la construcción de una nueva identidad y un nuevo imaginario.

Se trata entonces del rescate de un pasado que no es tradición consolidada sino pasado próximo, presente histórico. Cooke hace menos complicada la tarea de las nuevas generaciones militantes y alivia las dificultades de este proceso de desarrollo intrauterino, ya que se trata de una figura que aporta a la superación de la tensión entre la herencia y la necesidad de inventar. Cooke permite que las desventuras del presente aniden en un pasado que las ilumina un poco. Por supuesto, no se trata de edificar burdos historicismos a modo de conjuro o de invocar al pasado para que resuelva los problemas del presente.

Nuestro interés por la figura de John William Cooke no parte (no podría partir jamás) de inquietudes académicas sino políticas, aunque, vale la aclaración, intentamos alejarnos de la exaltación acrítica y la reivindicación folklórica. Percibimos, apesadumbrados, que desde algunos espacios el rescate de la figura de Cooke puede parangonarse con aquel cuarteto que

recreaba el estilo de la vieja guardia tanguera y que, dirigido por el maestro Feliciano Brunelli, tocaba el tango haciendo notar su carácter histórico, su pertenencia exclusiva al pasado. Estas reconstrucciones no por casualidad fueron auspiciadas por intereses estrictamente comerciales.

Por esa línea, que algunos llaman revival, transitan las recuperaciones de memorias indefinidas, imaginarios agotados y de instrumentales inútiles, supuestamente de cara a un proyecto de y para el campo popular. Nos convocan indefectiblemente a preservar porciones de algún orden anterior. Suelen caracterizarse por la insistencia en torno a la viabilidad del populismo o del neocorporativismo social cristiano y otras formas -los más sutiles venenos burgueses de agonía prolongada- que no modifican las condiciones de existencia de las clases subalternas y que justamente se caracterizan por hablar en nombre de ellas (he aquí condensados, tal vez, algunos de los significados más productivos del concepto populismo¹). Aunque intenten disimularlo, los modos de percepción capitalocéntricos, les afloran en las palabras y sobre todo en las opciones. En este marco se hacen visibles las vacilaciones hijas de la derrota, y descollan los especialistas en mistificaciones y los custodios de acervos míticos.

Así, por ejemplo, se construye alterando los procesos históricos (el trastorno cronológico en sí mismo sería inocuo) un Cooke peronista “superador” del guevarista, un Cooke “auténtico”, el de los años cuarenta y cincuenta, el “verdadero”, el sensato. Mientras que una operación complementaria desdibuja al de los sesenta al insertarlo en un conjunto contradictorio: el “campo nacional” entendido como espacio común y conciencia compartida de fuerzas sociales objetivamente antagónicas, restándole importancia al hecho de que las clases dominantes invocan el interés nacional como un sucedáneo del clamor por el orden social, conminándolo así a la promiscuidad y negando sus intolerancias sustanciales. El ardid busca la reabsorción de la herejía, la cicatrización de la ruptura (Antonio Gramsci decía que la Iglesia reabsorbía a los movimientos heréticos a través de la formulación de órdenes mendicantes y una nueva unidad religiosa). Este tipo de construcciones, fantasmagorías que lamentablemente aún conservan cierta eficacia, hablan de las constelaciones bajo las que se desarrollan: un presente de resignaciones y transacciones para roer un poco la galleta del Estado. Hayden White consideraba a las reconciliaciones producidas en el ocaso de las tragedias como las más sombrías ya que estas son de índole de las resignaciones de los hombres a las condiciones impuestas.

Junto a renegados y cínicos también están los crédulos, los que no toman en cuenta la falta de correspondencia evidente, los que persisten en relaciones rotas, porque confían en los poderes del ritual y en su capacidad de cohesión. Estos son los que, aferrados a las viejas simbologías que no exigen la coherencia con prácticas transformadoras, pretenden conjurar la incertidumbre política con estampas milagreras y con un lirismo cursi. Constituyen las huestes de idiotas útiles de los (neo)liberales, al igual que los nacionalistas de derecha de la década del treinta.

Justamente de estas mitologías se alimenta un sector del marxismo argentino -que probablemente perdure en la historia como producción discursiva de elites académicas- que se considera heredero de una tradición de izquierda “heterodoxa” e inmaculada. O sea: esta izquierda se nutre de las imágenes y los mitos populistas para construir su propia imagen,

distorsionada claro está, de Cooke. Maniobra que indefectiblemente los lleva a justificar su exclusión del panteón marxista. La deriva narcisista y el purismo los conduce a una búsqueda retrospectiva del marxista argentino portador de la línea correcta y del lirio blanco, lo que los encamina directamente hacia la idealización de grupos invariablemente excluidos del mundo cultural de las clases subalternas, minúsculos y anecdóticos y, sobre todo, inocuos.

Dueños de los artefactos para medir pertenencias políticas y sobre todo teóricas, poseedores de las fórmulas para determinar la irreprochable corrección de cada acto (al igual que los adeptos a Confucio o los talmudistas, diría Jorge Luis Borges), dadores exclusivos de las credenciales marxistas, su culto de la heterodoxia no logra ocultar su vocación por las verdades absolutas. Gestos típicos de esta izquierda son la creencia de representar a priori la verdad, la negación de la posibilidad de los desarrollos intersticiales, la onomatofobia (el terror a ciertos nombres) y la abulia.

Pero tanto unos como otros (populistas y puristas) se quedan en los primeros escaños, en los rencores prescritos, en una perturbación (angustia) inicial y pasajera que no quieren prologar a riesgo de afectar su "orden" y verse desposeídos de sus mundos pequeños y coherentes. A su modo, ambos -como decía Joseph de Maistre-son libremente esclavos, hacen lo que quieren pero no inquietan los planes generales de las clases dominantes.

Paula Halperín, analizando el film Los Hijos de Fierro (de Fernando "Pino" Solanas y Octavio Getino, finalizada en 1974, aunque iniciada en el año 1972), muestra una mirada crítica hacia la figura de Cooke que partió justamente de los códigos y las regiones indefinidas del populismo y que la izquierda no tiene en cuenta: "La figura del negro, mezcla de Cooke y Hernández Arregui, ideólogo más radicalizado que el resto y que desaparece sin más hacia el final del film, es muchas veces criticado por el Hijo Mayor por su cerrazón y su falta de flexibilidad política en su crítica a las acciones sindicales de los burócratas, dice el Negro: aquí el problema es político, no gremial! Contesta el Hijo Mayor: -los gremialistas tienen sus grandes limitaciones. No pueden alzarse contra el gobierno sin perder el gremio. Hay que unirse para que la gente esté unida..."².

Mientras la ideología populista, fundada en la vaguedad, ocultaba (y oculta) campos de batallas y pretendía (y pretende) ligar a militantes de base con burócratas sindicales, los planteos de Cooke se destacan por cuestionar radicalmente este tipo de "síntesis" inviables y estas "unidades exteriores" basadas en la liturgia. Por otro lado Cooke no consideraba la adhesión al peronismo como algo esencial y metapolítico, sin necesidad o posibilidad de explicación. No hay en Cooke una celebración del primitivismo, no hay festejo de alienaciones populares (disfrazado de romanticismo) que es lo que hacen muchos "compañeros del campo nacional y popular".

Cooke percibe las contradicciones del campo popular y del mundo cultural de los trabajadores (en su tiempo reflejadas en el movimiento peronista³), las tensiones entre lo hegemónico y lo contrahegemónico en ese mismo campo y ese mismo mundo e intenta operar en la contradicción para saldarla a favor de los impulsos heréticos, potenciando los contenidos de ese universo susceptibles de ser integrados a un proyecto socialista. El revolucionario auténtico, el intelectual orgánico de las clases subalternas, se instala siempre en el seno de esa contradicción. Cabalga en ella junto a lo que está en proceso de conformación. Aspira a la

preforma. No es el que sabe todo de antemano sino el que construye junto a los sujetos partiendo siempre de sus realidades concretas. Se me ocurre que la sola identificación de esas tensiones puede verse como el primer paso para salirse de la mirada populista.

Cooke busca en las prácticas del peronismo los elementos críticos del orden establecido.

O sea, en Cooke, el peronismo resistente está en contra del otro peronismo.

Es parte de otra tradición.

El Cooke más genuino debe buscarse en la política de los organismos de base (de la clase obrera principalmente) y no en la política nacional burguesa del peronismo oficial, que, igual que la izquierda tradicional, lo consideraba un componente externo. Un Cooke que de seguro será dato molesto para todos aquellos que hoy prefieren sumarse a una política cada vez más burguesa y menos nacional en lugar de construir una política popular.

Por otro lado, y volviendo a Los hijos de Fierro, no podemos dejar de señalar la contradicción que implica la conciliación propuesta en el diálogo citado por Paula Halperín en el marco de un género como el gauchesco que se caracteriza precisamente por una lógica de guerra y por presentar antagonismos radicales, donde ciertas alianzas suelen ser imposibles.

Corre el año 2004... En un afiche callejero, donde se destaca el rostro de José Ignacio Rucci (Secretario General del CGT a comienzos de los años '70, genuino representante de la burocracia sindical, ejecutado en el año 1974 por la organización Montoneros), se lee una sentencia: "él no hubiera votado la ley de flexibilización laboral". Estamos frente a una típica superstición populista que, en algún punto, entronca con el horizonte de la narración de Los Hijos de Fierro. No necesitamos tomar como referencia la actuación más reciente de los dirigentes sindicales vinculados a Rucci en los setenta para explicar por que él sí hubiera votado esa ley tan nociva para los intereses de los trabajadores. El pensamiento político de Cooke aporta a la dilucidación de la cuestión: se trata de la continuidad de una lógica, la de la burocracia sindical, la lógica de la adaptación al poder. Incluso debemos especular con la posibilidad de una superficial oposición y ensayar una explicación de los modos que aprovecharía para mantenerse funcional a la lógica de los sectores que impulsaron la reforma. Las prácticas de la burocracia sindical de los años sesenta y setenta, tradicionalmente alejadas del horizonte de la autonomía, demostraron ser el sustrato histórico adecuado para la subordinación a los dictados del neoliberalismo en la década del noventa.

En fin, nosotros no podemos quedarnos con símbolos moribundos y con las ceremonias de los cultos antiguos que, al decir de Michelet, están llamadas para consagrar las nuevas solemnidades. Debemos interrogar todos los silencios y todos los olvidos.

II

Nuestro interés por Cooke surge de la constatación de la hegemonía de la cultura neoliberal y sus disvalores: la indeterminación, el pragmatismo y el naturalismo de los que viven su dominio como realización. Las clases dominantes han impuesto determinadas condiciones de "normalidad", le han asegurado un rumbo fijo al devenir. De este modo, todo proyecto de

transformación radical está en conflicto con el futuro, lo desafía y se le opone. Nosotros, para liberarnos del sometimiento a las visiones estrechas y transitorias y del reblandecimiento, estamos obligados a constituirnos como anomalía y a entrever los espacios vacantes donde insertar palabras y prácticas originales.

El historiador uruguayo Félix Real de Azua decía que “hurgar en la historia es, ni más ni menos, que hurgar en la vida de nuestros muertos. Los más queridos y los más odiados, los anhelados y los temidos. El historiador se inmiscuye en las tumbas para hacer hablar a los ociosos, para que le cuenten sus placeres y sus glorias, sus miserias y mezquindades, sus intenciones, sus victorias y sus fracasos.

El historiador es un autopsista de los pensares fenecidos...” (destacado nuestro) 4 . Nosotros no estamos de acuerdo con esta afirmación, rechazamos su vocación necrofílica. Nuestro presente hace que cualquier intento de autopsia -típica modalidad académica y de los círculos encantados que se le asemejan-se convierta en asesinato liso y llano. Porque Cooke exhibe una vitalidad renovada sostenida en valores susceptibles de refuncionalización. Está aquí, no como la reliquia que nos interesa o como la fuerza antigua que presiona y condiciona nuestros pasos, tampoco como reservorio de todas las respuestas. No. Entre otras cosas porque han cambiado las preguntas y los riesgos. Cooke está como dato molesto ante nuestro desarme moral e intelectual, como hito insoslayable de las tradiciones revolucionarias en la Argentina, como ejemplo de intelectual (en sentido gramsciano) operativo, funcional a los intereses mediatos e inmediatos de las clases populares.

Cooke, en los márgenes de distintas tradiciones, excomulgado de toda estética populista y marxista ortodoxa (o pseudomarxista), profanador de sus santuarios, está como el nombre de la convergencia, que es siempre el encuentro de herejes de distintas iglesias, como el nombre de una intersección de nuevas preocupaciones.

Cooke está como representante de una época que soñaba futuros mientras se esforzaba por despertarse. Cooke está como figura que desautoriza todos los sectarismos, aunque todavía cuesta darse cuenta.

La vigencia de Cooke es, por lo menos en parte, un catálogo de nuestras limitaciones: Porque desde la izquierda se sigue definiendo al pueblo en forma negativa (claro, nunca en forma explícita) como los “no conocedores” de la teoría (la verdad revelada), lo que convierte a buena parte de la sociedad en sospechosa.

Porque se sigue restringiendo el campo de los cambios radicales a saberes específicos y determinados que no están en condiciones de integrar otros saberes. Porque se niegan los problemas que la teoría no prescribe. Porque la “síntesis” se concibe, al modo idealista, siempre a posteriori, siempre sabiendo lo que viene, sin dejarle lugar al “salto” dialéctico (la dialéctica real no conoce de antemano lo que viene).

Porque se prescinde de la creatividad popular. Porque no está lo suficientemente desarrollada la vocación por la participación de las masas en las soluciones definitivas.

Porque a la izquierda aún le cuesta concebir a la Nación como preludio de lo social. Porque se sigue considerando que la subjetividad es un epifenómeno de las redes causales objetivas y al

sujeto como agente del determinismo objetivo sin tomar en cuenta la especificidad de sus acciones. Porque se confunde el concepto con la jerga. En fin, porque no se han superado los designios de una matriz iluminista y eurocéntrica de la cultura que refuerza las tendencias ilustradas y teoricistas de la izquierda y el molde determinista de sus discursos autoreferenciales.

Algunos sectores de la izquierda argentina se parecen a los poetas malditos franceses que Cooke contrastaba con Ernesto Che Guevara, poetas que después de la derrota de la Comuna de París de 1871 y la frustración consiguiente, en un contexto de confusión y decadencia - recordemos que el mismísimo Arthur Rimbaud se convierte en el lecho mortuario-, experimentaron repugnancia por el género humano, asumieron que estaban condenados a padecer el insostenible mundo burgués y renegaron de la vida misma. Cedieron en masa a la fatiga de la razón. Actitud que, debemos reconocer, no dejaba de tener un toque idealista, en última instancia estos poetas consideraban que sin la posibilidad de la revolución no había vida posible. Pero lo fundamental y lo injustificable era que habían perdido la confianza en el pueblo.

John William Cooke interpela a los intelectuales que minimizan las perspectivas de las luchas actuales por la ausencia de un proyecto contrahegemónico, como si este fuera factible, incluso simplemente imaginable, sin el desarrollo de estas luchas. Cooke se opone al marxismo entendido como un determinismo limitado.

No considera a la subjetividad como un epifenómeno de las redes causales objetivas.

El sujeto no aparece como agente del determinismo objetivo. Reivindica la especificidad de la acción del sujeto. ¿Cuál es la naturaleza de la subjetividad revolucionaria?

¿Cómo surge?: de la praxis. Cooke, influenciado por el joven Lukacs, asume una posición cercana al praxeocentrismo, con sus ribetes activistas, voluntaristas. Se trata de la praxis como acción revolucionaria. No la simple acción de transformar la naturaleza. No la adaptación del sujeto a las condiciones del objeto (gesto típico de toda burocracia).

Cabe la filiación con Rosa Luxemburgo: en la animadversión compartida hacia los planes y recetas que debían signar el desenvolvimiento de las movilizaciones populares, en la explicación siempre dialéctica y viva que considera a la organización como el resultado de la lucha, en la negativa a considerar a la "evolución" del Estado burgués como creadora de condiciones para los cambios revolucionarios, en la certeza de que la praxis "acelera" las condiciones objetivas. Cuando Lenin decía que era más útil pasar por la experiencia de una revolución que escribir sobre ella, o cuando Rosa Luxemburgo decía que "históricamente los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del comité central más astuto", prefiguraban aquella controvertida, aunque rigurosa, afirmación de Cooke: "es mejor equivocarse con el Che que acertar con [Victorio] Codovilla5".

John William Cooke nos interpela. Irónicamente nos diagnóstica un pathos nacional comatoso y la conducta neurótica a través de la cual intentamos resolver los conflictos en forma imaginaria, se burla de los que, con el aire de las figuras de El Greco, apelan al marxismo como

símbolo de distinción intelectual y nos recuerda que la confianza en el pueblo y en sus organizaciones autónomas es estratégica, que los cambios radicales (sí, las revoluciones) implican la afirmación del pueblo como sujeto de poder. Marginal y fuera de su ámbito, Cooke, como Walter Benjamín, asume a la distancia el papel de analista de la neurosis general.

Para Cooke cabe lo que él mismo decía sobre el che: “seguirá formando parte de nuestra circunstancia mientras haya quienes compartan ese proyecto para la transformación del mundo, que él enriqueció teóricamente y sirvió hasta las últimas consecuencias...”⁶ .

El discutido juego de las ucronías: (Si Evita viviera sería...) deja en parte de ser un juego cuando uno indaga por los espacios presentes desde los que se resignifica una figura histórica. En los últimos tiempos hemos detectado una cantidad significativa de jóvenes que se interesan por Cooke, que leen sus textos, que designan con su nombre distintos colectivos políticos y culturales. La mayoría milita en organizaciones sociales “autónomas”. Y esto no es un dato aleatorio. Una continuidad de fondo se puede percibir entre aquel precursor de una alternativa independiente de los trabajadores (independiente de la burocracia sindical, del liderazgo de Juan Domingo Perón y de la burguesía) y los actuales militantes populares que plantean la lucha en términos de autonomía y contrahegemonía.

Como no podía ser de otra manera una figura como la de Cooke sólo podía ser recuperada desde una identidad de la resistencia. No casualmente su nombre ha comenzado a resonar en las gargantas de estos jóvenes que lo recuperan junto con las antiguas experiencias y la conciencia prodigiosa que habita las regiones subterráneas.

Notas:

1 El populismo desde una perspectiva estructural ha sido definido como una particular estrategia de acumulación de capital, caracterizada, entre otros elementos, por la ampliación del consumo masivo y las políticas distributivas del ingreso. El populismo puede considerarse como parte de la estrategia de acumulación de una fracción de la burguesía, la “burguesía nacional”, que generó una forma específica de relación con el Estado y las clases subalternas. De esta manera el populismo se correspondía con un Estado que, atemperando sus variables represivas, solía funcionar como arena de negociación y en esto precisamente radicaba su legitimidad. La creciente transnacionalización del capital y en los últimos tiempos el dominio del capital financiero, generaron cambios estructurales. En la actualidad no existen en la periferia bases materiales para políticas de corte populista. Se ha transformado la composición orgánica del capital y han aumentado los niveles de subordinación al capital transnacional. Datos obvios, pero no siempre tenidos en cuenta a la hora de definir un programa político ¿Por qué? Si bien la “situación” populista de acumulación está agotada estructuralmente aún perdura como ideología en sectores de la burguesía, de la clase obrera y en algunas organizaciones sindicales y políticas. De esta manera el populismo se nos presenta como una ilusión que expresa deseos reales que no tienen en cuenta la realidad. Y es que a la ilusión pocas veces le interesa la verdad. Göran Therborn decía que “la fatal contradicción que presenta el Estado populista es que su base social no puede apoyar un modo de producción no capitalista, mientras que sus aspectos pequeño burgueses perturban el apoyo del Estado a la acumulación de capital...” Ver: Therborn, Göran, ¿Cómo domina la clase dominante?

Aparatos del Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo, Siglo XXI Editores, México, 1997, p. 141.

2 Halperín, Paula, Historia en celuloide: Cine militante en los '70 en la Argentina. Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60' y 70' en Argentina, Parte III, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo Número 32, enero de 2004.pp.

29-30.

3 Tal vez la contradicción más inoportuna se planteaba entre lo que Perón significaba para la clase obrera argentina y lo que Perón era.

4 De Azúa, Félix, Periódico El País, Madrid, 5 de julio de 2000, contratapa., citado por Eira, Gabriel, "La construcción del pasado", en: Revista Alter, Nro. 7, quinta época 2002, Montevideo, p. 34.

5 Victorio Codovilla nació en Italia en 1894 y llegó a la Argentina en 1912. Fue uno de los fundadores y líderes del Partido Comunista Argentino hasta su muerte en 1970. Buena parte de su actuación política coincide temporalmente con la de Cooke.

6 Cooke, John William, "Apuntes sobre el che", en: Revista La Escena Contemporánea, Número 3, Buenos Aires, octubre de 1999, p. 107.

FUENTE: JOHN W. COOKE: UN HEREJE DE DOS IGLESIAS. En publicación: Periferias, no. 12. FISYP, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas: Argentina. Marzo. 2005 Acceso al texto completo: <http://www.fisyp.org.ar/docs/Periferias12.pdf>